

ALFONSO

Aurora



Aurora

Descompasado coro de voces humanas que tienen por acompañamiento una guitarra y un acordeón, me hace abrir antes de hora los ojos.

La música y las voces se alejan, se debilitan y se extinguen al cabo. Mi sueño, ahuyentado por ellas, no vuelve. Preciso es tirarse de la cama y dirigirse hacia los balcones, por cuyas rendijas entran resplandores lechosos.

Ya están los balcones de par en par. Un airecillo frío y húmedo alfileteera mi carne con pinchazos de ducha; la ciudad, sumergida en la niebla, resulta masa informe de vago é impreciso contorno; la tierra despren-

de vahos fríos; el cielo apenas se descubre; sólo allá en su fondo, hacia Oriente, se dibujan dos nubecillas teñidas con purpúreas livideces y divididas por una línea color naranja. Es el desperezo del sol.

Poco á poco la entonación pálida de estas numecillas se hace carmín, la raya naranja se acentúa y se extiende; los vahos que la tierra escupe, se transparentan hasta confundirse con el aire; la ciudad surge perezosamente de su baño de niebla y destaca sobre la atmósfera los tejados y azoteas de sus edificios, cubiertos de goteante escarcha; los pájaros trinan entre las hojas de los árboles barnizadas por el rocío; los hombres pisean el lodo de las calles. El canto de los pájaros sigue la dirección del cielo; los ojos de los hombres, también.

El cielo se ilumina con poética suavidad; por detrás de la raya naranja, trazada en su Oriente, asoman puntas de oro; las puntas de oro crecen y se dilatan hasta convertirse en varillaje de un enorme abanico que, á cuenta de país, se adorna con un cacho de cielo. El varillaje se abre por completo y endosela el rostro de sol que, cabeceando sobre el horizonte, saluda el nuevo año con una esplendorosa carcajada de luz.

La ciudad toda se ofrece como hembra

enamorada á las caricias del eterno fecundador, que sacude hacia ella el polen dorado de su lumbre. Yo camino al azar, siguiendo la marcha del astro, por la población recién despierta.

¡Qué matices tan diversos adquiere, según los sitios donde toca! ¡Qué opuestas decoraciones presentan á la vista sus rayos!...

En los barrios antiguos, que recuerdan edades muertas y petrifican arquitecturas medioevales, penetra con temblorosa timidez. Parece que siente repugnancia y espanto viéndose forzado á alumbrar los restos de un mundo que vivió entre las brutalidades de la fuerza, los tormentos de la esclavitud y los horrores del fanatismo.

Apenas si en tales barrios besa el astro los remates de los edificios ó se pierde entre los dibujos de las altas ventanas. Tampoco ellos parecen gustosos de verlo. Dijérase que á su contacto se estrechan más las calles, cual si repugnaran que los solares resplandores alumbrasen su historia. Los edificios también contraen su masa granítica, y aguzan sus ojivas puntiagudas, y afirman sus cierres para impedir el paso del eterno vencedor de la sombra.

Esas casas y esos edificios no quieren nada con el sol.

«¡Vete! ¡Vete!—aparentan gritar por las des-

garradas bocas de los monstruos que los salpican—¡Vete!... ¡No entres aquí! Esto es un sepulcro, la tumba de un mundo desaparecido para siempre. Las tumbas no precisan calor. La muerte vive de frialdades. En frialdades de perpétua sombra quieren vivir mis muros grises, mis almenadas azoteas, mis torres picudas, mis ojivas ruinosas, mis artonados polvorientos. ¡Vete! No ilumines el muestrario de una época en que la humanidad gemía aplastada por la maza de armas del señor y la cruz del fraile. Tú eres vida. ¿Qué haces entre nosotros? ¡Vete!

El sol, acobardado por tan agrio recibimiento, se detiene en la cúspide de las construcciones medioevales, y soslayando las estrechas vías, ilumina sus muros grises con amarillosos fulgores de cirio.

Luego huye de ellos y se encamina hacia la ciudad nueva, hacia los barrios populosos y ricos, que se abren á la luz con sus altísimas fachadas, y sus calles anchas, y sus comercios en función, y sus aceras en trajín humano, proclamando el febril existir moderno, la brutal é incesante lucha que por el disfrute del oro libran los hombres, sacrificándolo todo á su acaparamiento, explotándose unos á otros sin escrúpulo y sin compasión para conseguirlo.

Aquella es la ciudad del mundo presente; el reino ostentoso donde la hartura cobra tributo á la miseria, y la humanidad gime aplastada entre talegos de duros y fajos de billetes de Banco.

En esos barrios entra el sol con franqueza brutal, restregándose contra las paredes de las casas, que á su contacto parecen sudar oro líquido; esmaltando el barro de las calles con reflejos color de sangre; metiéndose en el cráneo de los hombres como lluvia ardiente y metálica que tintinea dentro de los sesos con ruido de dinero contado febrilmente por las manos de un loco.

Vista á distancia esa parte de la ciudad que el sol envuelve como un vapor rojo, parece descomunal hoguera, donde todo arde para convertirse en oro fundido, hacia el cual extienden sus manos temblonas hombres y mujeres que van y vienen á los resplandores de la llama en actitud de almas en pena.

Sí; en aquellos barrios alumbra el sol con abrumadora esplendidez; pero su luz tiene entonaciones siniestras, matices bermejos parecidos á los que tiñen la atmósfera en esos crepúsculos trágicos, durante los cuales se transforma el cielo en un mar de sangre donde naufraga angustiosamente la luz.

Sí, aquello es vida, pero vida horrible, vida

calenturienta, insana, cruel; y el sol pasa por los hermosos barrios de la ciudad nueva como los incendios, alumbrando y quemando á un tiempo; pasa por ellos y se dirige, levantando sobre el horizonte torbellinos de lumbre, hacia los barrios de la ciudad novísima, que se vé recostada contra la montaña, rodeada de huertas verdes y mecida en su sueño por los vaivenes de un aire puro y sano que transciende á fruta y se impregna con perfumes de flores.

En aquellos barrios entra el sol risueño, alegre y satisfecho, como niño que regresa á su hogar. Se detiene en todas las fachadas; fachadas humildes, tras las cuales fabrican nidos las familias obreras y los llena de rayos, convirtiéndolas en joyeles de múltiples cambiantes; se mete por las ventanas y los balcones entreabiertos, para cubrir de besos calientes y vivificadores los cuerpos rendidos por la faena de la tarde anterior; se esparce por los minúsculos huertecillos, besándolos hoja por hoja y tallo por tallo; rastrea por los sembrados, trepa por los árboles, gatea por las quebraduras, y va y viene de puerta en puerta, despertando á todos con el cálido himno de sus rayos, y recostándose, para descansar un instante, en los picos de la montaña, encapuzados con nieve.

¡La ciudad novísima! ¡Qué hermosa está cuando el sol amanece! La vida futura; la santa vida del trabajo, surge de ella como una bendición; las puertas vomitan hombres y mujeres; que emprenden el camino de la fábrica y del taller, dando al viento sus blusas verdes y sus faldillas de percal. Esa humanidad trabajadora avanza, avanza siempre, para invadir la ciudad nueva, que el sol transforma en hoguera gigante, y la vieja ciudad que el sol ilumina con amarillosidades de cirfo. Hacia ella va, trabajosa, dolorosa, rebeldemente, como va el mundo hacia el porvenir; pero va, va un día y otro, dejando á su espalda la ciudad novísima, que se yergue bajo el sol con sus fachadas llenas de luz y sus huertecillos pródigos en frescura.

Sol y aire. Eso necesitan los hombres todos para vivir su existencia animal. Libertad y amor. Eso necesitan también todos los hombres para vivir su existencia humana.

Eso necesitan, eso tendrán. Eso parece ofrecerles el primer sol del año, convirtiendo en féretro la ciudad antigua, en hoguera la nueva ciudad y en paisaje idílico, en fraternal y caliente nido, la ciudad novísima.

Eso será. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Cuánto costará que lo sea?

Un escuadrón de nubes negras cae sobre

el sol naciente; lo oculta á los ojos, lo desvanece con sus negrísimos crespones; la lluvia descende á la tierra en llanto menudo, y la ciudad toda se sumerge en un baño de niebla gris que hiela el tuétano en los huesos.



Resurrección

Venían del escenario á la sala bocanadas de aire sano y fuerte. La Tubau, estimulando sus extraordinarias condiciones de actriz al punto de trocar la ficción escénica en realidad trágica, nos presentó hecha carne viva á la Maslowa, disecada por Tolstoï en su portentosa novela.

Durante el breve espacio de tres horas desfilaron ante mí, convertidos en cuadros é imágenes de bulto que hablaban y que se movían, los principales capítulos de *Resurrección*. El público burgués oía con arisco asombro, pero con domada actitud, los piquetazos descargados contra la sociedad moderna por el piadoso é implacable anarquista

ruso, mientras la verdad, la justicia y el bien predicaban por boca de Katusca y Dimitri el evangelio del porvenir.

¡La Maslowa!... ¡Dimitri! ¡Grandiosas figuras, sublimes concreciones humanas, que se unen con un beso de amor, para separarse después y volverse á encontrar en el Palacio de Justicia, llevando ella sobre su cuerpo todas las ignominias, todos los crímenes, todas las bajezas que el abandono y el medio ambiente, donde su abandono la hizo vivir, arrojaron sobre ella; y él, todas las preeminencias y todos los respetos y todos los prestigios que su posición social le concede!

Difícil es que Katusca se libre de las miserias que mancharon su alma de sierva desamparada y de hembra perdida; difícil que Dimitri se libre de las preocupaciones y prejuicios que esclavizan su conciencia de gran señor, de hombre acaudalado y poderoso.

Difícil, muy difícil, que la Maslowa, arrojada por su amante á la prostitución y al crimen, logre regenerarse, ser otra vez la Katusca amorosa, el corazón abierto á la virtud que desfloraron y envilecieron los apetitos de Dimitri. Difícil es que éste reconozca, en su falta, el origen, la causa única del envejecimiento de Katusca y que, saltan-

do por respetos viles, por cobardes preocupaciones, sienta el grito de la verdad alzarse en su conciencia é intente y logre, redimiendo á la Maslowa, su propia redención.

Difícil, milagroso parece; y, sin embargo, el milagro ocurre. ¿Qué ha hecho falta para esto? Que Dimitri, desoyendo las mentiras sociales y acogiéndose á las naturales verdades, purifique en ellas su espíritu y luche por arrancar de la infamia á Katusca, por darle la reparación que en justicia justa le debe; que la Maslowa, envuelta por la atmósfera de justicia y bondad que trae á sus labios Dimitri, se reconvierta en la mujer parida por la Naturaleza para fundar hogares y amamantar hijos, y no sea la hembra forzada por la sociedad á vender placeres y fraguar crímenes.

El milagro ocurre; ocurre porque no es milagro, sino suceso natural. Basta que Dimitri desbroce el alma de la Maslowa y la alumbre enérgica, terca, constantemente, con resplandores de virtud, para que la Maslowa desaparezca y la Katusca rescite. Si el mal y la infamia pudieron cumplir en aquella criatura su obra de perdición, ¿por qué no han de cumplirla la justicia y el bien?

Símbolo hermoso el de la obra de Tolstoï. De un lado está Dimitri representando la hu-

manidad triunfante, egoísta, explotadora de almas y cuerpos, que al fin reconoce sus culpas y quiere lavarlas. De otro, la Maslowa, representando la humanidad envilecida, desamparada y explotada, que, aun rehuyendo aparentemente su salvación, exige salvarse. Estas dos humanidades, unidas primero por un impulso de la Naturaleza, separadas luego por un estúpido decreto social, se funden al cabo empujadas por la justicia que impulsa á la una, por el ansia de redimirse que germina en la otra, ¡y forman una humanidad única, un solo cuerpo toda fraternidad y amor!...

«¡Salvar á quien cayó!... ¡Hacer sano lo que está ya podrido!...», exclamaban en la Princesa muchos espectadores, parodiando inconscientemente á los jueces y jurados que ocupaban la escena durante el acto segundo de *Resurrección*. ¡Eso es imposible!... ¡Bueno está para una comedia! En la vida real, imposible ¡imposible de todo punto!»

¡Imposible!... Imposible, ¿por qué? Si esta sociedad, que luego de precipitar á sus individuos en la infamia, nada hace para redimirlos y no intenta nada tampoco por convertir en atmósfera honrada y pura, la atmósfera viciosa y criminal donde aquellos seres se agitan; si esta sociedad aplicase á la

redención, á la regeneración, á la dignificación moral de esos individuos las fuerzas que acumula para perderlos; si al egoísmo y la indiferencia de unos contra otros sustituyesen el amor de todos para todos y el cuidado de todos para todos, no imposible, fácil sería convertir en realidad augusta la fábula tolstoiana.

Cuando los hombres nacen, no nacen malvados ni justos, nacen hombres, materia dispuesta á producir el bien y el mal; todo consiste en el abono que reciben, en el ambiente que respiran, en la herencia fisiológica y moral que recogen. Con mayor ó menor esfuerzo, pero siempre según quién y cómo les empuja, pueden ir á la virtud ó al crimen, y pueden siempre, siempre, mientras quede en ellos un átomo de juicio y una partícula de conciencia, volver al bien, aunque el mal los tenga sujetos á su yugo. ◦

No son palabras, no son comedias, no; son hechos reales.

Hace poco tiempo hablaba con nosotros el director de la Cárcel Modelo, y refiriéndonos con el gráfico y pintoresco estilo que avalora su conversación algunos casos notables presenciados por él, nos contó un suceso hace pocos días acaecido en una de las celdas que Millán Astray, en cumplimiento de su deber, visita á diario.

Ocupa esa celda uno de los *Arroperos*, de los criminales que, por la codicia miserable de un montón de plata, asesinaron á un prójimo suyo.

Aquel hombre—hoy condenado á muerte—esgrimió el puñal contra otro hombre indefenso, se cebó en él, rasgando cien veces su carne estremecida por el miedo; no tuvo piedad antes del crimen, remordimiento después de ejecutarlo; con las manos llenas de sangre contó la parte de dinero que en el robo le correspondía. Por su ferocidad idiosyncrática por lo salvaje é inícuo del delito, parece uno de aquellos seres que hemos dado en el gusto de ceder como irredimibles.

Pues bien; este hombre, este asesino, entretiene las horas de su cautiverio en domesticar á dos pájaros, con quienes guarda todo género de afectuosas consideraciones y emplea las más dulces palabras.

Con ellos parte el pan que recibe en su celda; con ellos, las tristezas de la prisión y los temores del patíbulo; son sus amigos únicos, los solos seres que le consuelan y distraen.

El otro día entró el director en la celda. El *Arropero* contemplaba á uno de sus pájaros. El otro pájaro no estaba allí.

—¡Cómo! ¿No tienes más que un pájaro?—preguntó el director.

—Señor Millán...—repuso el preso con acento turbado—es...

Y se detuvo, bajando la vista.

—¿Qué es?—le contestó el director.—¿Se ha muerto el pájaro?

—No, señor.

—¿Te lo han matado?

—No, señor.

—¿Te lo ha robado alguien?

—No, señor.

—¿Entonces?...

—Entonces... No se enfade usía conmigo...

Ya sé que hice mal; sin permiso... pero...

—¡Vamos!... Acaba.

—Pues... El preso de la celda de junto está muy triste; se pasa todo el día llorando... No le visita nadie... Hoy ha llorado más que nunca... ¡Daba lástima oírle! Y yo... Pues le he prestado uno de los pájaros *pa* que se distrajese unas *miajas*. Perdóneme usía.

¿Tan imposible es matar en ese *Arropero* el hombre del puñal y resucitar el hombre del pájaro?



Cosas rotas

El aire tormentoso que se encauzaba por la calle, levantando remolinos de polvo, recogió del suelo un cacho de papel, lo cernió un segundo en la atmósfera, y empujándolo después fuertemente me golpeó con él la cara. Extendí la mano é, hice al embarrado papelucho cautivo de mis dedos.

Era un trozo de carta, escrito por mano de mujer. Sólo contenía un párrafo, largo como el dolor que lo provocara; á igual suyo, tal vez, con principio y sin fin. La conclusión estaría en otro pedazo de carta que el viento arrastró, cualquiera sabe dónde, con el girar loco de sus ondas

Leí el párrafo roto. Su autora andaba tan mal de ortografía como bien de amarguras.

«Mira—decía—(Lo copio textualmente.) Mira, á mí pues dejarme si lla no meresco que tacuades de mí pa na que tanto te quería. A las probéticas Criaturas no pues dejallas son tullas las as echo tu que eres su padre. Llo no pueo buscarles mantencion ni maestros que las enseñen de letra. Si pudiera tampoco te pediría na. Pero con el uno agarrao al pecho y los otros que no puen manejase solos toavía, llo no pueo menearme ni hechar mano á la frábica y buscarme un par de pesetas pa ponerles un gisao y conprarles una livreta. Te lo pido pa eyos pa mí lla sabes que no te pediría en jamás. Enantes muerta. No seas malino acuerdate de que son ijos tullós y de que tu ties posibles y de que llo no tengo na y que serias pior que un demonio si los desanparas. Pa ti dos pesetas no son na, pa eyos la gloria. Acuerdate de eyos te lo pió otra ves y es la ultima y si no contestas seras un malo y Dios...»

Aquí se interrumpía el párrafo, escrito sobre el cacho de papel que trajo á mis manos el viento, el triste sollozo de mujer y de madre, desgarrado por la desesperación y esparcido hacia los cuatro puntos del espacio por la tempestad.

Era capítulo de una vulgarísima historia. Los hombres tiramos diariamente de ella

miles de ejemplares. Yo lo he leído multitud de veces, no en letras de molde, en rostros amarilleados por el sufrimiento, en párpados enrojecidos por las lágrimas, en manos temblorosas que se levantaban al cielo implorando justicia, en cuerpos que se inclinaban hacia la tierra para suplicarle un hoyo cualquiera, un estuche definitivo, entre cuyo broché de piedra quedara triturado el dolor.

La he leído, la he oído deletrear en numerosas ocasiones, y he pasado junto á ella, sin que los propios pesares me diesen tiempo de compadecer los extraños.

Pero aquella tarde, la tristeza del horizonte, enlutado con nubes que lloraban sobre la tierra, el son angustioso del aire al penetrar las angosturas de la calle y romper contra las salientes de los edificios, el húmedo contacto del papel que parecía derramar lágrimas entre las prisiones de mis dedos y el espectáculo de una criatura infeliz, jóven por los años, envejecida por la miseria, que vino á mí pidiendo limosna para dos chiquitines «que no tenían padre», influyeron á una sobre mi espíritu, llenándole de ternura y de compasión.

¡Hijos sin padre!... Frase dolorosa cuando la muerte deja las crías de hombres sin el amparo vigoroso del macho que las engen-

dró. Frase horrible y cruel, cuando el macho vive y abandona la cría á los débiles cuidados de la hembra que partiera con él los goces supremos de la reproducción, la dicha inmensa de perpetuar su carne, la tarea sublime de contribuir, con deleitosísimo tributo, á la inmortalidad humana.

¡Hijos sin padre, teniendo el padre vivo!
¿Puede haber nada tan bárbaro como esto?

Un hombre enamora, requiebra á una mujer que la casualidad arroja á su paso; legal ó ilegalmente, esto es lo menos—siempre será naturalmente—la hace suya; un hijo es consecuencia de aquel ayuntamiento; el hombre se cansa de su compañera y la abandona; vaya en gracia: afecto mudable y tornadizo es el amor entre las mujeres y los hombres; pero abandona también al hijo, á quien, por ser obra común de los dos, los dos están obligados á ayudar, á sostener cada uno de un brazo para que emprenda su viaje por la vida.

Esto, el abandono material ó moral, hipócrita ó franco, de sus criaturas por el padre que las engendró, es lo que yo hallaba, leyendo el trozo de papel, iba á decir propio de fieras, pero no quiero ofender á las fieras, cruel, inícuo, criminal; esto es lo que, destacándose sobre el párrafo inconcluído de la

carta traída á mis manos por el viento, provocaba mi piedad hacia la hembra desamparada «que pedía por sus ijos, por eyos» y mi indignación contra el hombre que, «teniendo posibles», dejaba á esos hijos «sin mantención y maestros que les enseñasen de letra».

Que un amante se aparte de otro, que lo deje por otro, será amargo; pero debe ser lógico para quienes, agraviados hoy, pueden volverse mañana agraviadores. Lo que el celo impone á las especies animales de orden inferior, donde muerto un individuo de la pareja el superviviente le busca sustituto, lo imponen en la especie humana, á más de la muerte, desengaños, equivocaciones, incompatibilidades de carácter, falsías... mil y mil circunstancias que transforman en ser muerto para el cariño á quien aún existe en la vida. Materiales ó morales, á esos muertos hay que enterrarlos. Tan ley natural es en el pájaro sustituir con otro al compañero que se pudre encima del surco, como en la humana criatura sustituir con amores nuevos los viejos amores que se pudren dentro del corazón.

Pero abandonar, de un modo ú otro—tanto abandona quien se aleja como quien, estando presente, vuelve la espalda—abando

nar los hijos del amor antiguo porque un nuevo amor nos solicite; irse en busca de carne ajena que gozar, dejando á la propia sufrir, eso no es una ley de Naturaleza: es una ley de infamia.

Las fieras en el fondo de sus guaridas, los pájaros sobre las ramas de los árboles, los brutos montaraces entre peñas y hierbas, los insectos encima de las matas, los reptiles debajo de las peñas, los peces en el fondo del mar, cuantos seres animados se agitan en la Naturaleza, velan, cuidan, protejen sus crias hasta que éstas se hallan en condiciones de vivir por su cuenta y riesgo.

Y el hombre, el superior de las especies animales, ¿es quien abandona á sus hijos, á las delicadísima crías humanas, á los hombres en formación, que no sólo necesitan alimento para sus estómagos, sino enseñanzas para sus cerebros, ejemplo para sus conciencias, para sus sentimientos guía, para sus pasiones piloto? ¿Es el hombre quien se abroga el triste y repugnante privilegio de entregar la carne fabricada por él á todos los peligros, al hambre que destruye el cuerpo, á la ignorancia que asesina la inteligencia, al desamparo que quebranta la voluntad, á la miseria que prostituye la honradez y pare el crimen? ¿Es el hombre quien hace eso, quien

permite eso? No; los que así proceden no pueden, no deben ser, no son hombres. Hay que decirlo en desagravio de la especie.

Sí; hombres son; hombres que, pervertidos, desnaturalizados por los egoísmos, por las ruindades, *por las consideraciones y respetos y conveniencias* de la vida social, olvidan las leyes naturales y hacen llamar hijos sin padre á desdichadas criaturas que tienen el padre y la madre vivos sobre la tierra.

Así pensaba yo releiendo el trozo de papel y contemplando á la mendiga que se alejaba, con dos chiquillos de la mano, por la angosta calleja; así pensaba; pensaba también que aquella sinventura podía haber escrito el párrafo que oprimían mis dedos; y, pensando así, hubiera querido ser un Dios, un hacedor omnipotente de *Supremas justicias*, para buscar al hombre que, «teniendo posibles», dejaba huérfanos á sus hijos, á todos los hombres á él semejantes, y, haciéndole caer de rodillas ante sus criaturas, gritarle con voz exenta de misericordia:

«No creáis que si tuvisteis derecho para gozar á una mujer, para hacerla madre, lo tenéis igualmente para, una vez satisfechos vuestros apetitos, prescindir, no de ella, de los pedazos humanos que dísteis al mundo entre los dos.

No; los hijos no se pueden abandonar. Gozad la hembra, ya que os regalé con ese goce; pero cumplid con las obligaciones que el goce disfrutado os exige. Si queréis, renegad como compañeros de vuestras amantes; pero no reneguéis como engendrados de vuestras crías.

Sed... Vaya, vaya, ¿dónde iba ahora yo?...»

Ni soy un Dios ni es cosa de llenar con las impresiones que me produce un pedazo de papel roto, traído á mis manos por el viento, cachos de papel que también serán rotos y también el viento ha de llevarse...

¿Me conoces? Te conozco



¿Me conoces? Te conozco

Punto menos que desierto estaba el *foyer* cuando tomé asiento en uno de sus rojos divanes. Varias parejas que se recostaban en otros, cuchicheando con las caras muy juntas, eran, no estorbo, favorecedores de mi soledad. A buen seguro que ninguna de ellas pondría su atención en mí. Tampoco yo turbaría la soledad suya con estúpidos curiosos.

Las puertas del salón, estrujadas por el entrar y salir de la gente, mandaban á mis oídos y á mis ojos vibraciones musicales y relámpagos luminosos. Envuelto con ellos salía también un jadear sordo y caliente: era el alentar de la multitud.

Espectáculo hermoso el del salón, convertido por los focos eléctricos en un enorme baño de luz.

Dentro de él flotaban como navíos empavesados con terciopelo y oro, los palcos, rebosantes de mujeres con antifaces y de hombres con frac. Todos se inclinaban en confusión gallarda de líneas y sexos hacia el fondo de aquel mar transparente donde se sumergían y braceaban, convertidas en buzos pescadores de dichas, cientos y cientos de encapuchadas criaturas. Eran las notas musicales rumor de las diáfanas ondas, y eran los papelillos rojos, azules, morados, amarillos, naranja, violeta y verdes que de las alturas caían, algo así como si el arco iris hubiese tenido el capricho de convertirse en lluvia. La voz de las mujeres, aflautada por el fingimiento, sonaba á cantares de pájaro, la de los hombres, enardecida por el deseo, á suspiro de amor. El aire rompía contra la techumbre en nubecillas blancas; el gran foco central parecía, más que sol, luna poética de un mundo loco y fantástico, que, al igual de las visiones descritas por los trovadores, estaba llamada á morir cuando naciese el amanecer.

Hermoso, muy hermoso era el espectáculo del salón. No obstante, yo acababa de aban-

donarlo. ¿En obsequio de la misantropía? ¿del hastío?, ¿del desdén con que se trajean quienes se llaman hombres superiores? Libreme la suerte de ser cursi. Estoy á punto de ser viejo y aún echo mano de la poca juventud que me va quedando por gastar para derrocharla. Salí al *foyer* con la exclusiva finalidad de fumar un cigarro.

Fumándolo estaba, cuando una máscara—una mujer, naturalmente—sobre cuyo cuerpo garboso caía á pliegues anchos un capuchón que sólo descubría las puntas de sus pies y los remates de sus manos, se acercó á mí con andares de sombra; tan suave era el deslizamiento de los pasos. Alcé mi vista buscando la cara de aquel cuerpo. Una careta, tan cumplida como el capuchón, la ocultaba, permitiendo únicamente ver dos ojos claros puestos en mí con inexpresiva fijeza.

—¿Me conoces?—dijo la máscara, sentándose descuidadamente á mi lado.

—No—respondí, luego de mirarla con atención.

—¿No? ¡Parece mentira!... Yo sí te conozco.

—Es natural. No vengo tan disfrazado como tú.

—Déjate de chistes. Te conozco, entiendo-

me bien; te conozco en la verdadera y completa acepción que tiene esta palabra.

—¡Ah!...

—Sí: te conozco, como tú mismo.

—¡Como yo!... Entonces no hables de acepciones completas. Si me conoces como yo, vives en el más completo desconocimiento de mi humilde persona.

—¡Eh!...

—¡Qué más quisiera yo sino conocerme, hija mía! Ocasiones hubo en que llegué á creerlo también. Así soy—he exclamado para mis adentros.—Así. Y al otro día un rayo más de sol, una palabra más de cariño, un gesto más de odio puesto en el espacio ó en los hombres, han sido bastantes á convertirme en criatura tan distinta, tan contraria de la otra, que he tenido que tentarme, que ponerme enfrente de un espejo, para convencerme de que era el mismo individuo carnal de la noche anterior. ¡Conocerme! Si me conociese, no cometería los disparates á que me conduce el falso conocimiento de mí propio; no estaría forzado á pasarme la existencia rectificando y enmendando mis más insignificantes acciones.

¡Conocerme!—seguí.—¡Ay, si yo estuviese cierto de que me conocías tú, cogiérate por esa mano y, de grado ó por fuerza, te obliga-

ría á no abandonarme jamás, á ser perpétuo espejo de mí propio! ¡De seguida te soltaba yo! Joven ó vieja, hermosa ú horrible, hiciérate la compañera inseparable de mi vida. Conociéndome yo ó conociéndome tú bien, fuera yo todo un hombre, porque tendría la medida exacta de mi ser. Teniendo esa medida exacta, terminaron las equivocaciones constantes y los arrepentimientos diarios y el llegar en mis ambiciones al ridículo, y el tocar con mis derrotas en la cobardía, y el ser juguete de las criaturas y maniquí de las ideas y *pim, pam, pum* donde mujeres y hombres ejercitasen su crueldad.. ¡Conocerme! No seas niña. Ni tú me conoces, ni yo tampoco me conozco; y perdona esta filosofía de *foyer*.

—Sí: te conozco—repuso la máscara.—Te conozco como tú me conoces á mí.

—¡Yo!

—Mírame.

—¡Tú!

—Niega ahora que te conozco y que me conoces.

—Ahora más que nunca. Nos acercó el deseo, el deseo es un ciego; nos tuvo unidos la pasión, otra ciega, y nos separó el odio, más ciego aún que el deseo y que la pasión. ¿Cómo vamos á conocernos? Ni tú á mí, ni yo á

tí, ni nosotros á nosotros mismos. Créelo. Fuente de bondades y grandezas fuimos el uno para el otro en las horas de confianza y de mentiras y de amor. Monstruos, en las horas de perfidia y de penas y de aborrecimiento. Seres vulgares seremos el uno para el otro dentro de algunos meses.

¿Eramos tan buenos y tan grandes al comienzo de nuestros amores? ¿Fuimos tan ruines y malvados al final? No. Ni nos conocíamos antes, ni nos conocemos ahora, ni nos conoceremos tampoco después. Con careta ó sin ella, el *¿Me conoces?* y el *Te conozco* son, en el baile y en la existencia, preguntas y contestaciones que se hacen y se dan al tun, tun, por seguir la broma.

Ella se puso la careta, yo tiré el cigarro y cada uno por una puerta entramos en el salón de baile, en el inmenso baño de luz donde hombres y mujeres se decían *¿Me conoces?*... y *Te conozco* entre el caer incesante de los papelillos arco iris.

Niños en vitrina